

Aldo Ferrer y la obstinación por el desarrollo

Aldo Ferrer and the obstinacy for development

Marcelo Rougierⁱ
marcelorougier@yahoo.com.ar

Resumen

Aldo Ferrer fue uno de los economistas más destacados de Argentina. Ello es así porque, en primer lugar, Ferrer fue un pensador notable, un intelectual de la economía que hizo contribuciones innegables al pensamiento económico en el espacio latinoamericano. También fue un hombre de acción y ejerció cargos de primer nivel en el ámbito local e internacional. Por último, su pensamiento ha tenido trascendente presencia académica y pública durante varias décadas. En este artículo, realizamos una revisión de su trayectoria, de sus contribuciones intelectuales y de su vocación por la gestión con el mero propósito de resaltar la importancia de Aldo Ferrer como figura intelectual y pública comprometida con el desarrollo económico de la Argentina

Palabras clave: ALDO FERRER ; ESTRUCTURALISMO LATINOAMERICANO ; PENSAMIENTO ECONÓMICO ; ARGENTINA.

Abstract

Aldo Ferrer was one of the most prominent economists of Argentina. That is so, in the first place, because Ferrer was a remarkable thinker, an intellectual of the economy who made undeniable contributions to the Latin American and Argentine economic thought. Also, he was a man of action and exercised first level positions at the local and international level. Finally, his thinking has had academic and public presence for several decades. In this article, we review his career, his intellectual contributions and his vocation for public service with the mere purpose of highlight the importance of Aldo Ferrer as an intellectual and public figure concerned about the economic development of Argentina.

Keywords: ALDO FERRER ; LATIN AMERICAN STRUCTURALISM ; ECONOMIC THOUGHT ; ARGENTINA.

Recibido: 7 de junio de 2016.

Aprobado: 16 de junio de 2016.

ⁱ Área de Estudios Sobre la Industria Argentina y Latinoamericana / Instituto Interdisciplinario de Economía Política de Buenos Aires (AESIAL/IIEP-Baires), Comisión Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Introducción

Aldo Ferrer fue uno de los más destacados economistas de la Argentina, sino el más. Por supuesto hay figuras muy relevantes en el ámbito de la economía local que incluso, como es el caso de Raúl Prebisch, han trascendido los límites regionales para tener reconocimiento en el plano internacional. Pero quizás Aldo haya conjugado en su persona las tres dimensiones que pueden asociarse a la tarea del economista, aspecto que no es fácil encontrar en otros de sus distinguidos colegas. En primer lugar, Ferrer fue un notable pensador, un intelectual de la economía que realizó aportes innegables al pensamiento económico latinoamericano y argentino; logrando incluso acuñar una serie de ideas-conceptos que lo identifican (“modelo integrado y abierto”, “vivir con lo nuestro” o “densidad nacional”, por ejemplo). En segundo lugar, Aldo fue un hombre de acción y ejerció cargos de primer nivel en el plano local e internacional desde muy joven (como ministro de economía, como embajador, etc.). Finalmente, su voz, su pensamiento, ha tenido trascendental presencia académica y pública y reconocimiento social (a través de la creación de foros y revistas especializadas o siendo referente en temas económicos para los medios de difusión masiva por décadas), a tal punto que en ocasiones se lo identificó como “padre” de un modelo económico o asumió el liderazgo de una campaña crítica contra otro.

Insisto, muchos economistas argentinos han tenido notable trayectoria y se han destacado como intelectuales, por su actuación en distintos cargos públicos o por ser referentes para los medios, pero quizás ninguno haya podido condensar estos tres aspectos como lo hizo Aldo Ferrer, fusionando sus ideas, su acción y su presencia pública de tal modo que lo convierte, como dijimos, en probablemente el más importante economista que ha tenido la Argentina. Pero además, su formación y compromiso desde muy joven le da un *plus* extraordinario a esta idea, puesto que Aldo fue un espectador privilegiado y protagonista durante, prácticamente, siete décadas de la cambiante historia política y económica nacional y mundial. En lo que sigue, realizamos un somero repaso de su trayectoria, sus aportes intelectuales y de su desempeño en cargos de gestión con el mero propósito de destacar la importancia de Aldo Ferrer como intelectual y hombre público.¹

Años de formación

Aldo Ferrer nació en la ciudad de Buenos Aires en abril de 1927 en el seno de una modesta familia de hijos de inmigrantes españoles e italianos. Una vez recibido de Perito Mercantil, en 1945, inició sus estudios de contador público y de doctorado en economía en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Eran años convulsionados: en el mundo, el fin de la Segunda Guerra Mundial y el triunfo de la democracia; en la Argentina, la existencia de un gobierno de facto, instalado con el golpe de Estado de junio de 1943. En ese escenario tuvo lugar el 17 de octubre de 1945 y el surgimiento del peronismo. Los grupos estudiantiles más politizados y también el joven Aldo, afiliado a la agrupación Acción Reformista que lideraban los socialistas, participaron activamente en el rechazo de la dictadura, el reclamo de retorno a la democracia y, consecuentemente, del enfrentamiento con el naciente peronismo. Probablemente fuese ese estremecido contexto sociopolítico el que marcaría su compromiso con la vida política argentina y su vocación por la gestión, por la necesidad de transformar la realidad social a través de la puesta en acción de sus ideas.

¹ Retomamos acá algunos aspectos desarrollados en Rougier (2014).

Ferrer cursó en la Facultad la asignatura Dinámica Económica y un seminario que dictaba Raúl Prebisch. Allí se encontró con el desencanto que su distinguido profesor tenía respecto a la economía ortodoxa para explicar y resolver los problemas de la economía real y lo estimuló a estudiar a John Keynes. También allí comenzó a empaparse del enfoque centro-periferia que Prebisch elaboraba por ese entonces y que marcaría buena parte de sus preocupaciones intelectuales a futuro. En marzo de 1949, cuando contaba con 21 años, Ferrer se recibió de contador y terminó de cursar todas las materias del doctorado. Ese mismo año, fue uno de los ganadores de un concurso organizado por las Naciones Unidas (ONU) para reclutar jóvenes profesionales e incorporarlos al plantel permanente de la Secretaría General en Nueva York. Al año siguiente, Ferrer se incorporó a su cargo y, luego de dos años de formación general sobre la organización de la ONU, fue confirmado como funcionario permanente.

Durante su estancia en Nueva York, Ferrer fue testigo de la formación de las nuevas ideas del desarrollo y de la organización de la economía mundial, lideradas por economistas eminentes, como el polaco Michal Kalecki, director, en ese entonces, del Departamento Económico de la ONU. En la misma época, retomó contacto con su antiguo profesor, Raúl Prebisch, quien viajaba con frecuencia a la sede en su carácter de secretario ejecutivo de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), y también estableció amistad con jóvenes economistas latinoamericanos como Celso Furtado, Víctor Urquidí u Horacio Flores de la Peña. Eran los tiempos de gestación del estructuralismo latinoamericano, años de debate y formación permanentes sobre los problemas del desarrollo, que tuvieron decisiva importancia en la actuación posterior de Ferrer; ya su primer artículo, mostró su interés por los problemas del desarrollo en la periferia del sistema capitalista.²

Aldo regresó a la Argentina a mediados de 1953 y dedicó seis meses a escribir su tesis que presentó en marzo del siguiente año. Ese trabajo reflejó su formación y experiencia en Naciones Unidas y se transformaría, luego, en su primer libro: *El Estado y el desarrollo económico*.³ La importancia de esta obra, de manera independiente a la difusión que haya tenido antes de su publicación como libro, radica en el hecho de su actualización bibliográfica, puesto que se trata del primer trabajo publicado en el país que, de manera expresa, condensa y revisa los documentos de las Naciones Unidas, la CEPAL y de los principales teóricos que abordaron los problemas del desarrollo en los países atrasados. En este sentido, hay que reconocer en Aldo a uno de los pioneros en introducir, de manera original, la perspectiva desarrollista dentro del ambiente de los economistas vernáculos.

En *El Estado...* Ferrer cuestionaba la perspectiva neoclásica y los postulados teóricos ortodoxos, aun cuando a la vez señalaba lo incipiente del desarrollo teórico para comprender los problemas del crecimiento económico en los países latinoamericanos: “no se ha desarrollado aún –decía– un cuerpo sistemático de doctrina para interpretar y trazar normas a la acción gubernamental en la economía, ni la política económica de los distintos países ha tenido sentido claro ni propósitos muy definidos” que pudieran modificar las estructuras económicas existentes y orientar el desarrollo económico.⁴ No obstante, Ferrer utilizaba los preceptos del desarrollo equilibrado siguiendo entre otros a Ragnar Nurkse y Paul Rosenstein Rodan:

La única forma de romper el círculo vicioso bajos ingresos-baja demanda-baja producción es, entonces, promoviendo un “desarrollo equilibrado” en que la productividad y los ingresos reales vayan aumentando

² Ferrer (1950).

³ Ferrer (1956).

⁴ Ferrer (1956), p. 7.

en todas las actividades al mismo tiempo y creando en consecuencia, mercados recíprocos que permitan la absorción de los incrementos de producción.⁵

En ese trabajo, Aldo realizó un detallado análisis de los principales obstáculos para el logro del desarrollo económico en los países de atrasados. Esos obstáculos estaban dados, en primer lugar, por la dimensión y estructura de los mercados. El problema fundamental no era la pequeñez del mercado en esos países sino la limitación producida por la baja productividad de las economías. En este sentido, Ferrer destacaba las dificultades existentes para crear un “mercado de masas” derivadas de las fuertes desigualdades de la estructura distributiva del ingreso, que “mantienen sumamente estrecho el mercado de los bienes de consumo popular y en consecuencia, impide recoger los beneficios de la producción en gran escala en esas actividades y desalienta la inversión en las mismas”.⁶ La expansión del mercado interno solo podía lograrse mediante un aumento de la productividad y una equitativa distribución de los mayores ingresos creados y no sólo a través de la redistribución del ingreso.

Por otro lado, la desigualdad de la distribución del ingreso en vez de acelerar el ritmo de capitalización contribuía a retardarlo. Ferrer consideraba que existían grandes reservas de ahorro interno que podían ser movilizados a través de una política fiscal que gravara a los sectores de altas rentas (que destinaban en gran proporción al consumo superfluo y a la inversión improductiva) y de ese modo orientarse la inversión privada en pos del desarrollo económico. En suma, a través de la política fiscal, los gobiernos podían absorber parte del ingreso, sustraerlo del consumo y destinarlo a la aceleración del ritmo de acumulación de capital. Todo ello sin reducir el ya precario nivel de vida de las grandes mayorías.⁷

La ampliación del mercado era necesaria para estimular la inversión y lograr un desarrollo ordenado y equilibrado, de manera de crear demandas recíprocas que estimularan la inversión y la producción en todas las ramas de la economía. Como los países en proceso de industrialización no tenían la posibilidad de utilizar a la “periferia” como base para la colocación de sus productos, la base fundamental de la expansión de los mercados para su producción industrial debía basarse en la expansión del poder compra interno de la población. No obstante, la colaboración dentro de los países pocos desarrollados, sobre una base regional, constituía otra de las formas de ampliar el mercado y posibilitar el aprovechamiento de los beneficios de la producción en gran escala. Combinado con el tamaño del mercado, Ferrer señalaba problemas de estructura, en particular la concentración de la tierra y las posiciones oligopólicas en los mercados de productos agrícolas, en los productos de exportación y en la importación de artículos necesarios para el crecimiento industrial, lo que afectaba la expansión de la demanda y el estímulo a la inversión.

El otro obstáculo fundamental al desarrollo considerado por Ferrer remitía a las vulnerabilidades externas; en particular destacaba que la capacidad de importar no crecía en paralelo a la necesidad de importar, como se señalaba el estudio seminal de CEPAL de 1949. También destacaba, basándose en otro estudio del mismo organismo, que además de la tendencia decreciente de la demanda de productos primarios por parte de los países industrializados y del deterioro de los términos del intercambio, las causas de los desequilibrios que se producían en el sector externo

⁵ Ferrer (1956), p. 178.

⁶ Ferrer (1956), p. 96.

⁷ También señalaba las dificultades para formar un mercado de capitales de largo plazo para proyectos de desarrollo por la tendencia de los ahorros a permanecer en forma líquida a la espera de entrar en actividades especulativas. El Estado tendría entonces un papel fundamental que cumplir mediante la eliminación de las posiciones de control de los intermediarios sobre el mercado y para orientar el crédito hacia las actividades productivas.

estaban determinadas por el aumento de la demanda de las importaciones que en los países poco desarrollados exigía importar apreciables cantidades de bienes de capital mientras que el aumento del ingreso *per cápita* aumentaba la demanda de bienes de consumo importados.

Esa tendencia secular al desequilibrio externo había tornado en insuficientes las medidas compensatorias a corto plazo y, en definitiva, provocado la necesidad de adoptar algunas medidas de fondo para el logro del desarrollo económico. De acuerdo a Ferrer, el desarrollo requería un cambio en la composición de las importaciones, concordante con ciertas transformaciones en la estructura de la economía interna. Esos debían responder al doble propósito de disminuir la vulnerabilidad y permitir el crecimiento sin períodos de desequilibrios. En el espacio latinoamericano se había avanzado en ese sentido a través de la sustitución de importaciones (con el control de cambios como instrumento fundamental), y de esa forma se había ido “amoldando” la “escasa” capacidad de importar a las necesidades fundamentales del desarrollo económico.

Ferrer dejaba claro que no era en las actividades primarias donde debían concentrarse las mejoras tecnológicas y la inversión que permitiera aumentar la productividad, los ingresos y en definitiva el nivel de vida:

La industria y las actividades conexas son las que necesariamente deben cumplir esa función. La industrialización permitirá aprovechar las grandes ventajas de la especialización, la producción en gran escala y las economías internas y externas consecuentes [...]. Dicho en otros términos las economías atrasadas deben dejar de crecer 'hacia fuera' para comenzar a crecer 'hacia adentro'.⁸

La política económica de los países poco desarrollados debía entonces orientarse a fomentar la industrialización y diversificación de las economías. Si bien las soluciones de fondo a los problemas del mercado y la vulnerabilidad externa serían provocadas por el mismo desarrollo, que al estimular la industrialización y la diversificación permitiría a las economías atrasadas dejar de ser simples apéndices de los centros industriales, quedaba claro que el Estado tenía un rol fundamental que cumplir.

No podía contarse tampoco con la ayuda de las inversiones extranjeras. Ferrer, era particularmente crítico del capital extranjero, dada la experiencia acumulada en los países atrasados. No obstante, ese capital podía contribuir al crecimiento de las economías periféricas siempre y cuando se destinase a promover el desarrollo equilibrado y la diversificación económica. Ese “nuevo” tipo de inversiones extranjeras debían “consistir especialmente en préstamos a los gobiernos o empresas privadas... otorgados por organismos internacionales de financiamiento, ya que los inversores extranjeros privados han demostrado no amoldarse a las necesidades del nuevo tipo de crecimiento de los países de la periferia”.⁹

Finalmente, destacaba que en los países poco desarrollados existían condiciones que hacían poco propicio el surgimiento de una clase de empresarios capaz de orientar el desarrollo económico con un criterio nacional, de modo que si los empresarios no podían ser el instrumento por el cual el consumo creciera menos que el ingreso ese papel lo debe desempeñar el Estado. La iniciativa privada no podía ser el agente dinámico esencial del progreso económico:

El desarrollo de las economías atrasadas exige un intenso esfuerzo colectivo de estímulo y organización de las capacidades productivas, que dada la debilidad de la empresa privada, sólo puede ser puesto en marcha por el Estado. Por otra parte y aunque parezca paradójico, el fortalecimiento de la empresa privada y su aporte efectivo al progreso económico y social depende de que el Estado cree las condiciones básicas que lo permitan”.¹⁰

⁸ Ferrer (1956), p. 160.

⁹ Ferrer (1956), p. 144.

¹⁰ Ferrer (1956), pp. 8-9.

No obstante, Ferrer se alejaba de las discusiones sobre planificación económica que habían dominado el escenario de los años treinta y primeros cuarenta; reconocía la importancia y logros de la planificación en otros países, pero sostenía que las soluciones eclécticas eran más viables, aquellas en que el Estado tiene el control de actividades clave y dispone de las mismas de acuerdo con un plan y, por el otro lado, empleando los instrumentos de la política fiscal, influye sobre el volumen de la demanda para mantenerla un nivel capaz de absorber la oferta total de bienes y servicios.

Hemos reproducido en extenso las principales ideas de esta obra de juventud pues podría decirse que en ella ya se encuentra la sustancia de los argumentos desplegados por Aldo en las décadas siguientes y que habría de sostener hasta sus últimos días con inusitada coherencia y lucidez.

Mientras redactaba su tesis, Ferrer retomó su compromiso político: se afilió a la Unión Cívica Radical (UCR) e incorporó como asesor de su Comité Nacional, presidido por Arturo Frondizi, y del bloque de diputados de la UCR, cuyo presidente era Oscar Alende. Desde ese lugar elaboró documentos particularmente críticos de los acuerdos que el peronismo pretendía realizar con compañías petroleras extranjeras. Luego de la caída de Perón, el partido integró la Junta Consultiva del gobierno de la “Revolución Libertadora” donde Alende fue representante radical y Ferrer su asesor económico, en momentos en que se discutía el polémico “Plan Prebisch”. Posteriormente, entre principios de 1956 y mediados de 1957, Ferrer estuvo en Londres donde se desempeñó como Consejero Económico de la Embajada Argentina.¹¹ Cuando la UCR se dividió en las fracciones lideradas por Frondizi (UCR Intransigente) y Ricardo Balbín (UCR del Pueblo), Ferrer se alineó con la primera de esas facciones.

Primera experiencia de gestión

Después del triunfo de los Intransigentes en las elecciones generales de febrero de 1958, Aldo Ferrer fue designado ministro de Economía y Hacienda de la Provincia de Buenos Aires, en la gobernación de Oscar Alende. Desde ese cargo, delineó una política orientada a movilizar el ahorro interno para las inversiones en la infraestructura vial y energética y al desarrollo de las regiones de la Provincia, en línea con sus planteos anteriores. En este último sentido, el avance más importante fue la creación organismos para impulsar el desarrollo, como la Corporación de Fomento del Río Colorado o la creación de la Junta de Planificación, que reflejó la influencia de la CEPAL y su prédica de planificación del desarrollo en América Latina (la Junta comenzó la publicación de la revista *Desarrollo Económico*). En ese mismo espíritu, el equipo económico de la Provincia propició la creación del Consejo Federal de Inversiones (CFI).

Una profunda reforma impositiva realizada en el período despertó fuertes resistencias desde el sector privado mientras se producía una diferenciación con las orientaciones del gobierno nacional, embarcado, por ese entonces en el acercamiento al Fondo Monetario Internacional (FMI) y otras medidas de corte ortodoxo, que provocaron tensiones adicionales. En las elecciones de febrero de 1960, el gobierno de Alende quedó atrapado entre las resistencias que su política generaba en los medios conservadores de la Provincia y el rechazo, de amplios sectores populares, a las políticas del gobierno nacional. La derrota de la UCR Intransigente provocó la renuncia de Ferrer a su cargo.

¹¹ Allí escribió un notable documento sobre el comercio de carnes, Ferrer (1957).

Esta primera y trascendente experiencia de gestión se dio en paralelo a un proceso que otorgó mayor visibilidad al campo de los economistas en la Argentina. En efecto, en la segunda mitad de la década de 1950 y los primeros años de la siguiente, una serie de factores se combinaron para otorgar a los economistas un lugar destacado en el campo intelectual y la opinión pública. Por un lado, se establecieron lazos fuertes y permanentes entre muchos de ellos y la CEPAL. Al mismo tiempo, se produjo una mayor profesionalización: en 1957 se había creado la Asociación Argentina de Economía Política, donde revistaba entre otros pocos miembros Aldo Ferrer; poco después, a fines de 1958, la Universidad de Buenos Aires aprobó el primer plan de estudios de la Licenciatura en Economía Política, separada de la de Contador Público, mientras otras universidades también establecían carreras de Economía. Finalmente, la creación de organismos oficiales, como el CFI o el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE) y de entes privados significó mayores demandas para el economista profesional y un apoyo a las nuevas carreras de economía, cuando todavía no tenían graduados o recién comenzaban a recibirse los primeros. Esa mayor presencia y visibilidad de los economistas tendría a Ferrer como uno de sus actores descollantes.

Un intelectual del desarrollo

Alejado del ministerio, Ferrer realizó un programa para el desarrollo del Valle inferior del Río Chubut (con lo que reafirmaba la idea de crear “polos de desarrollo” ya esbozada en otras iniciativas durante su gestión ministerial), para la Provincia de Chubut y el CFI. Poco después fue invitado a Washington, donde se desempeñó como asesor del presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, Felipe Herrera. Allí terminó de escribir el que sería su libro más conocido, *La Economía Argentina*.¹² Esta obra estaba influenciada por el pensamiento estructuralista latinoamericano y principalmente por el trabajo de Celso Furtado, que inspiró su abordaje de las etapas históricas para el caso argentino como marcos de análisis específicos. El impacto de este trabajo es incommensurable. Varias generaciones de científicos sociales se formaron y aún se forman con este libro que grabó con fuego una periodización de la historia económica argentina; esa historia puede interpretarse a través de “modelos” como el agroexportador (de “economía primario exportadora”, según Ferrer), o el de industrialización por sustitución de importaciones –ISI– (“economía industrial no integrada”, en esa primera edición) que precisamente enfatizaba en el escaso despliegue de la industria de base y las restricciones que ello provocaba.

Pero quizás lo más novedoso de este trabajo es que pretendía buscar las “raíces históricas” de los problemas económicos del momento (expresados en el recurrente estrangulamiento del sector externo y sus consecuencias sobre el crecimiento). Sin duda es esa una de las claves y de los aportes más significativos de la interpretación de Ferrer: “Estoy convencido –decía en el prólogo– que es imposible lograr una comprensión adecuada de la causas del estancamiento (incluyendo los problemas actuales de corto plazo), sin analizar las raíces históricas de la presente situación”. Pero a la vez, la dimensión histórica era insuficiente para explicar el derrotero de una nación en su búsqueda del desarrollo; a esa dimensión debía agregarse el estudio de los “los cambios producidos en la economía mundial, que tradicionalmente, han jugado un papel preponderante en el desarrollo argentino”, con lo cual introducía las dos perspectivas de análisis que guía-

¹² Ferrer (1963).

rán todo su pensamiento en el tratamiento del desarrollo nacional: la historia nacional en su imbricación con la dinámica internacional.¹³

El estudio terminaba con un análisis de la situación económica hacia 1962 que desnudaba las causas del recurrente estrangulamiento del sector externo y contenía una propuesta para superar la condición de atraso del sector industrial, que llamativamente se denominaba “Las precondiciones de la economía industrial integrada”.

En esos primeros años de la década de 1960, la veloz institucionalización del campo de los economistas se completó con la aparición de varias publicaciones. A la vieja *Revista de Ciencias Económicas*, nacida con la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, se sumó *Económica*, de la Universidad de La Plata, y *Desarrollo Económico*, que pasó al Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) creado por Ferrer y sus más cercanos colaboradores. En 1963 los nuevos centros, junto a economistas del CONADE y del IDES, comenzaron a intercambiar experiencias y proyectos, y ello derivó en las primeras reuniones de centros de investigación en economía que comenzaron a realizar congresos en forma conjunta. En ese contexto Aldo Ferrer armó el pionero Centro de Estudios de Coyuntura (del IDES) conformado por parte del grupo de economistas que lo habían acompañado en su paso por el Ministerio de la provincia de Buenos Aires; el coordinador era Ferrer y en el Consejo se encontraban entre otros Hernán Aldabe, Samuel Itzcovich, Jorge Haiek, Miguel Teubal, Horacio Santamaría, Arturo O’Connell, Norberto González, Guillermo Calvo, Leonardo Anidjar, Juan Sourrouille y Mario Broderson. Los informes novedosos que ese centro hacía de las variables macroeconómicas argentinas y los debates que provocaba también adicionaron presencia pública a Ferrer, transformado en un “experto” con saberes específicos factibles de ser aplicados en distintas circunstancias.

En el transcurso de esos años sesenta, Aldo desarrolló una intensa actividad intelectual y política, participando de numerosos encuentros y reuniones, dictando conferencias, con fuerte impacto en la prensa especializada que lo encumbró como un referente del desarrollismo estructuralista. Además de su compromiso en el IDES, tuvo decidida actuación en la organización del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, del cual fue su secretario ejecutivo a partir de su creación en 1967. También se vinculó a la Conferación General del Trabajo y participó de las publicaciones de la Confederación General Económica (CGE) y la Unión Industrial Argentina.

Las ideas de Ferrer, en parte enunciadas en sus trabajos previos, cristalizarían en su presentación de 1966 en una reunión sobre “Estrategias para el Sector Externo y Desarrollo Económico”, organizada en el Instituto Di Tella, y que contó con una amplia respuesta por parte de distintos economistas nacionales y extranjeros y gran repercusión en la prensa especializada.¹⁴ Entre esos economistas había cierto consenso en torno a la necesidad de redefinir la estrategia de industrialización en la Argentina, orientándola hacia una mayor capacidad exportadora. Para ese entonces era claro que el sector industrial tenía un papel importante en la dinámica de la economía argentina y que la persistencia del estrangulamiento externo mostraba los límites de la susti-

¹³ Ferrer (1963), prefacio.

¹⁴ Entre los participantes se encontraban David Felix, Daniel Schydrowsky, Bela Balassa, Richard Mallon, Angus Madison, Rondó Cameron, Markos Mamalakis, Juan Alemann, Carlos Díaz Alejandro, Víctor Elías, Norberto González, Samuel Itzcovich, Rolf Mantel, Ángel Monti, Carlos Moyano Llerena, Larry Sjaastad, Víctor Urquidi, Javier Villanueva y Guido Di Tella, entre otros. Albert Hirschman, Osvaldo Sunkel, Julio Olivera y José María Dagnino Pastore, si bien habían confirmado su presencia, por distintas razones finalmente no asistieron. Un detalle del ambiente en el que se llevó a cabo el evento puede encontrarse en “Economistas, reunión de familia”, *Primera Plana*, 20 de septiembre de 1966.

¹⁸ Brodersohn, *Estrategias*, 1970, Introducción.

tución de importaciones “fácil”, y aún de la estrategia desarrollista que había pretendido impulsar la industria de base con el apoyo del capital extranjero.

En su presentación, Ferrer mostró que el estrangulamiento del crecimiento económico era resultado de la particular relación entre el sector industrial y el sector externo que caracterizaba a la industrialización sustitutiva. Explicaba que el desequilibrio exterior originaba fluctuaciones profundas sobre la producción y el empleo llevando a una subutilización permanente de la capacidad instalada en la industria. En línea con una interpretación cada vez más aceptada en la época, reconocía como problema grave a la restricción indiscriminada de importaciones y la falta de selectividad general, que habían perfilado una política de industrialización inconsistente. El altísimo nivel de protección efectiva había estimulado un desarrollo industrial concentrado en las ramas productoras de bienes finales, y el aislamiento de la competencia externa permitía la supervivencia y expansión de amplios sectores del tejido industrial que producían con costos por encima de los internacionales.

Ferrer pugnaba ahora por una estrategia de industrialización que apuntase a pasar de un “modelo integrado y autárquico” a uno “integrado y abierto”, esto es, con capacidad de exportar productos en diversas fases del ciclo manufacturero. La integración vertical de la estructura industrial argentina era necesaria porque la capacidad de generar y de asimilar el progreso técnico dependía, en gran medida, del desarrollo de las industrias básicas y técnicamente complejas.¹⁵

El eje principal de la estrategia pasaba entonces por alentar las exportaciones industriales, además de impulsar la producción local de insumos intermedios y de bienes de capital con la idea de avanzar en la sustitución de importaciones y ofrecer bienes a menores costos para el conjunto del entramado industrial. La integración vertical y la diversificación de la estructura industrial permitirían una mayor asimilación del progreso técnico y sentaría las bases para estimular los esfuerzos propios en ciencia y tecnología. Por otra parte, esa integración permitiría adaptarse de mejor manera a las condiciones inconstantes de los mercados externos, pues aumentaba la gama de productos exportables -extendiéndola a los bienes complejos cuya demanda internacional era la más dinámica- y permitía una mayor flexibilidad de la estructura productiva. La consigna, entonces, era que además de incrementar las escalas de producción y los niveles de eficiencia, había que ampliar el espectro manufacturero.

Para Ferrer, esta orientación estratégica permitiría obtener las economías de escala en industrias básicas y técnicamente complejas a través del establecimiento de plantas que abastecerían el mercado interno y también tendrían capacidad exportadora. El eslabonamiento de los procesos industriales debía satisfacer los requisitos tecnológicos en aquellas actividades que sólo podían funcionar eficientemente con un alto grado de integración. De este modo, las ventas de manufacturas al resto del mundo serían lo bastante diversificadas como para aprovechar las oportunidades de exportación de diversos productos industriales. En su programa, la eficiencia era una variable fundamental a preservar. La integración vertical de la industria, a diferencia de las posiciones del desarrollismo frigerista, no implicaba la autarquía sino que se postulaba como condición necesaria para incrementar las posibilidades del comercio exterior del país.

Estas ideas obtuvieron gran consenso en la época y, de hecho, el proyecto de Adalberto Krieger Vasena, ministro del gobierno militar de Juan Carlos Onganía a partir de 1967, destilaba aquella filosofía de “racionalizar” la estructura industrial para hacerla “eficiente” y transformarla en una economía abierta, esto es, que tuviese segmentos competitivos internacionalmente.

¹⁵ Ferrer (1970). Un estudio detallado de las ideas de Ferrer en ese contexto en Rougier y Odisio (2012).

Poco después, y pronto a asumir como ministro, Ferrer haría mayor énfasis en el problema de la participación del capital extranjero, indicando la necesidad de que una proporción apreciable del control sobre el aparato industrial y de la tecnoestructura estuviese en manos nacionales, y pudiera apuntalar las posibilidades exportadoras de la industria local. En esta propuesta el sector público tendría un papel destacado en el apoyo de la empresa nacional, no sólo desde el punto de vista de la inversión en infraestructura sino también como demandante y orientador de la producción industrial. Precisamente sobre ese tema versó su conferencia de incorporación a la Academia Nacional de Ciencias Económicas en 1968.¹⁶

Es indudable que esa fuerte presencia en el debate público sobre las economías argentina e internacional, además de las orientaciones ideológicas o políticas de Ferrer, terminaría por catapultarlo al Ministerio de Obras Públicas, a la caída de Juan Carlos Onganía, en 1970, y poco después al Ministerio de Economía y Trabajo de la Nación.

En la cúspide del poder

Los militares en el poder desde 1966 habían propuesto tres tiempos a la acción del gobierno. Primero, ordenar y poner en marcha la economía. Segundo, mejorar la situación social. Tercero, convocar a elecciones y restablecer el gobierno constitucional. Pero el programa económico, si bien exitoso inicialmente, resultó herido de muerte por la dinámica social y política. En el terreno social, el país se vio signado por una creciente conflictividad, cuya máxima expresión fue el surgimiento del sindicalismo clasista de base y los movimientos guerrilleros. Los levantamientos de obreros y estudiantes en Córdoba en mayo de 1969 terminaron con el mandato de Krieger Vasena (reemplazado por José María Dagnino Pastore), mientras que el asesinato de Pedro Aramburu en junio del año siguiente implicó el fin de la gestión de Onganía.

La Junta de Comandantes se debatía entre la profundización de la “revolución” o la rehabilitación del juego político democrático terminando con la larga proscripción del peronismo. Sin embargo en el terreno económico la coincidencia era clara: era necesario un cambio de rumbo que marcara distancia con el “eficientismo” y el apoyo a los sectores financieros de la época de Krieger. Se intentaba avanzar en la postulación de un “verdadero” proyecto nacional en contraposición a lo que se había consolidado durante el onganato, percibido como un proceso donde el capital extranjero se había fortalecido frente a los empresarios locales. Era indispensable acelerar la salida política y, en el trayecto, atender a los reclamos de los partidos políticos mayoritarios, y de gran parte de la opinión pública por una política económica de contenido nacional y redistributivo del ingreso.

Con esos objetivos, la Junta de Comandantes, encabezada por Agustín Lanusse, designó al segundo presidente del gobierno de facto, el general Roberto Levingston, quien debía consultar a la Junta todas las decisiones importantes. La Junta también eligió a la mayoría de los miembros del nuevo gabinete de ministros antes que asumiera Levingston.¹⁷ Una vez instalado, el nuevo presidente intentó buscar el apoyo de los sectores en teoría previamente desplazados por la política de Krieger Vasena: fundamentalmente, los empresarios industriales nacionales (CGE) y también los sindicatos “participacionistas” vinculados a la Confederación General del Trabajo. En esas circunstancias, la política económica pudo ganar algunos grados de autonomía y “girar” hacia

¹⁶ Ferrer (1969).

¹⁷ “Entrevista a Roberto Levingston”, 28 de julio de 2009.

el nacionalismo, buscando otra base de sustentación frente a una situación política y social cada vez más explosiva, donde la exclusión política del peronismo se presentaba, a esa altura, y cada vez más, difícilmente sostenible.

En ese sentido, debe subrayarse el arribo de Aldo Ferrer al gobierno como el cambio más notorio dentro de los elencos ministeriales, quien propondría un rumbo nacionalista para la política económica con el basamento teórico desarrollado en los años anteriores, especialmente del “modelo integrado y abierto” que había formulado. Desde el punto de vista ideológico, el “giro nacionalista” gozaba en general del apoyo de los sectores castrenses (influenciados por la experiencia de Velasco Alvarado en Perú) y de los partidos políticos mayoritarios. Más concretamente, la propuesta de política económica de la Junta otorgaba un papel protagónico al Estado y a las Fuerzas Armadas para promover el desarrollo de la industria pesada y la operación de empresas de energía, comunicaciones, transportes y producción metalúrgica, siendo consistentes con los planteos que Ferrer venía enunciando desde mucho tiempo atrás.

Ferrer fue primero designado en el Ministerio de Obras y Servicios Públicos donde desarrolló una fuerte política de impulso de la infraestructura básica; el eje central de la estrategia de desarrollo propuesta era el despliegue de una planificación operativa de largo aliento que permitiera ofrecer un horizonte de demanda más estable para la inversión empresaria. Las grandes obras promovidas por Ministerio procuraban establecer un círculo virtuoso de crecimiento autosustentado en el aprovechamiento de crecientes economías de escala y de exigencias de calidad y precio. Bajo este nuevo impulso los proyectos de la cartera ministerial se multiplicaron enseguida; se procuró la resolución de los expedientes inmovilizados del complejo ferro vial Zárate-Brazo Largo, las represas de Salto Grande, Yaciretá y El Chocón-Cerros Colorados, como asimismo se promovió la construcción del gasoducto del sur, la autopista Buenos Aires-La Plata, la electrificación del ferrocarril General Roca, entre otros planes de aumento de infraestructura básica del país.¹⁸ Además se procuraba que los proyectos fueran financiados principalmente mediante la canalización del ahorro interno y la inversión pública.

En ese sentido, solamente el Estado podía llevar a cabo la planificación del desarrollo en infraestructura, dado que Ferrer pensaba, como ya había señalado en 1953, que “la empresa privada no era bastante poderosa o previsora para acometer esa tarea”. Ciertamente, si la realización de obras estatales era importante, no lo era menos la labor que podía concretarse mediante una adecuada utilización del poder de compra del Estado. “El empleo inteligente de ese poder de compra a través de las inversiones en obras, adquisición de equipos, etc., pudo contribuir muy eficazmente al desarrollo de la industria y de la tecnología nacional”, declaraba Ferrer, en sus primeros días de gestión.¹⁹

Mientras tanto, el nombramiento de Carlos Moyano Llerena en Economía –por el renunciante Dagnino Pastore– indicaba un cierto intento continuista en la política económica llevada adelante por Krieger Vasena. Sin embargo las crecientes presiones sociales e inflacionarias llevaron a acentuar la estrategia de Levingston, que designó a Ferrer en la cartera de Economía en octubre de 1970. Poco después se dieron a conocer las nuevas orientaciones económicas, en línea con la política de “Argentinización” ya desarrollada desde el Ministerio de Obras Públicas: se buscó reorientar el crédito y para ello, sobre el antiguo Banco Industrial, se creó el nuevo Banco Nacional de Desarrollo (BANADE) con funciones mucho más amplias que las que tenía la anterior

¹⁸ Sobre los principales lineamientos del Ministerio de Obras Públicas y el proyecto de Zárate-Brazo Largo véase Ferrer y Rougier (2010).

¹⁹ “Ferrer: líneas de acción para el sector técnico”, *Clarín*, 26 de junio de 1970.

entidad.²⁰ Los otros objetivos que permitirían materializar el “modelo integrado y abierto”, pasaban por el fomento del desarrollo tecnológico propio y la promoción de la industria de base mediante el apoyo de las empresas nacionales, en conjunción con el papel estratégico que asumía el Estado a través de su poder de compra.

Estas ideas alcanzaron a verse sistematizadas en el “Plan de desarrollo y seguridad, 1971-1975” y su complemento, la ley 18.875 de “Compre nacional”.²¹ El Plan había sido elaborado por el CONADE bajo dirección de Javier Villanueva (colaborador de Ferrer) y fue la patente cristalización del rápido cambio de rumbo por el que “el proyecto industrialista fue ampliado con nuevos instrumentos”.²² Ese documento acentuó los rasgos nacional-desarrollistas de la planificación respondiendo a la orientación ferrerista más general, a la vez que incluía explícitamente la noción de “polos de desarrollo”, aparecida formalmente por primera vez en la ley de Promoción Industrial.

En líneas más generales la política de Ferrer fue en parte un abandono de los objetivos “puramente eficientistas” de la experiencia anterior. Incorporaba la preocupación por mejorar la calidad de vida de la población simultáneamente con la voluntad de avanzar hacia una estructura industrial más competitiva. Dadas la conflictiva situación político-social, las crecientes presiones inflacionarias (asociadas a la provisión de carne) y sobre el balance de pagos, la apuesta de Ferrer de apoyo a la industria nacional apenas pudo desenvolverse, jaqueada por las tensiones presentes en la dinámicas de corto plazo. Más aún, a poco de iniciado su período se volvió palpable la divergencia de miras del nuevo presidente con la Junta de Comandantes, para quienes en las nuevas circunstancias políticas “la restauración de la democracia y no el desarrollo económico era la gran meta de la ‘Revolución Argentina’”.²³ Ello apuntaba a profundizar un contexto cada vez más hostil para Levingston con una pérdida creciente de apoyo de las Fuerzas Armadas.

Ferrer había anunciado al inicio de su gestión que en 90 ó 100 días de aplicación su programa económico tendría efectos irreversibles.²⁴ Su desempeño formal en el Ministerio de Economía apenas alcanzó a 148 días y ciertamente los resultados de su política económica excedieron en mucho ese lapso (aunque también pueden computarse los meses en Obras Públicas). Con todo, más allá de las limitaciones que la dinámica política le impuso a la estrategia implementada a finales de 1970, ella permitió la aparición de un grupo de industrias nacionales de fuste que perdurarían en el tiempo; esos emprendimientos incluso se ubicarían en un lugar central de la estructura económica argentina durante el período siguiente, caracterizado por la desindustrialización, si bien selectiva, de la economía. Específicamente en el terreno industrial, la estrategia de “argentización” modificaría varios proyectos originados en el período anterior, de forma tal que un importante conjunto de firmas de capital nacional cobrarían importancia en la integración de la matriz manufacturera nacional, como fue el caso de Aluar o de Papel Prensa, por ejemplo. A esta se debería sumar los proyectos de inversión de otras grandes empresas privadas argentinas benefi-

²⁰ Para la historia de esta institución véase Rougier (2004).

²¹ El tercer “pilar” de la estrategia económica lo constituía el impulso de la demanda mediante una política salarial expansiva. Debe decirse que el anterior Plan 1970-1974 (sin aplicación por la salida de Onganía) ya mencionaba la necesidad de “compatibilizar” los beneficios del capital transnacional con los del nacional, a la vez que proponía realizar una redistribución más progresiva del ingreso nacional elevando los ingresos de los asalariados (Fiszbein, 2010, pp. 32-35). Por su parte, la Ley de “compre nacional” establecía la obligación, para todos los niveles de gobierno y en todos los casos, de dar preferencia a los bienes producidos en el país.

²² Ferrer (1989), p. 34.

²³ Potash (1994), p. 217.

²⁴ *Confirmado*, VI, 297, 24 de febrero de 1971.

ciadas indirectamente por el reacomodamiento del papel estratégico del Estado.²⁵ De todos modos, aun cuando no deja de ser cierto que el Estado aportó todo lo necesario para forjar esas empresas prácticamente desde la nada, frente a la postrer experiencia argentina no puede menos que reconocerse el tremendo impacto que tuvo la (corta) aplicación de las ideas desarrollistas de Ferrer, procurando avanzar hacia la consolidación del “modelo integrado y abierto” que sostenía desde tiempo antes.

El carácter radical de los levantamientos en Córdoba (conocidos como el “Viborazo”) en marzo de 1971 impulsaron definitivamente a Lanusse a tomar la presidencia del país bajo su comando. El eje se volvió a partir de entonces eminentemente político, la estrategia “defensiva” de Lanusse pretendía encontrar la mejor salida de los militares en el poder. La mayoría de los cuadros ministeriales se mantuvieron en el nuevo gobierno, con las salvedades de los ministros del Interior, de Bienestar Social y el secretario de Trabajo. Pero poco después se disolvió el Ministerio de Economía y Trabajo, creando -por presión sindical y de los sectores agrarios- los de Agricultura y Ganadería y de Trabajo y Previsión Social.²⁶ Con las demás Secretarías y reparticiones se formaron los Ministerios de Hacienda y Finanzas y de Industria, Comercio y Minería. Esta habría sido la manera que encontró Lanusse para bajar el alto grado de exposición del ministro de Economía, en el marco de un nuevo gobierno que dejaba de lado cualquier estrategia de largo plazo, hostigado por la explosiva situación política del país.

Desde el llano: intelectual crítico

Luego de la disolución del Ministerio de Economía y el fin de su experiencia en la gestión a nivel nacional, Aldo Ferrer regresó al llano, quedó relativamente marginado de la vida política y retomó algunas de sus tareas como consultor. Sólo tuvo en este período un breve paso por la administración durante el también fugaz gobierno de Héctor Cámpora (en la Comisión Técnica Mixta de Salto Grande), lo que revela, de algún modo, el relativo aislamiento de su presencia pública, y de sus ideas, durante estos años.

El vacío de compromiso con la gestión en el período fue cubierto por una profusa actividad académica y la redacción de varios libros. Fuera del Ministerio, Ferrer dedicó sus años inmediatos a escribir sobre tecnología, brindando recomendaciones para el porvenir latinoamericano. En su obra más acabada en este sentido, *Tecnología y política económica en América Latina*, propone la asunción del Modelo Integrado y Abierto para el desarrollo tecnológico.²⁷

Ferrer señalaba al progreso científico-tecnológico como el agente conductor de los procesos de desarrollo económico y social en América Latina; para él una estrategia de desarrollo que no contemplase la ciencia y la tecnología, sería como “pretender representar Hamlet sin el Príncipe de Dinamarca”.²⁸ El “liderazgo nacional” –condición de lo que más tarde definirá como “densidad nacional”- debía impulsar el proceso de crecimiento y de acumulación del capital y nutrirse en base al desarrollo científico y tecnológico, garante principal del éxito de la estrategia de desarrollo y por ende base de la esperada transformación social.

Hacia mediados de los años setenta, Ferrer percibía un cambio radical en las condiciones del comercio internacional de tecnología y, en consecuencia, de los vínculos entre los países in-

²⁵ Una evaluación de conjunto de esos grandes proyectos en Schwarzer (1993).

²⁶ Potash (1994), p. 244.

²⁷ Ferrer (1974); también véase Ferrer (1976).

²⁸ Ferrer (1974), p. 9.

dustriales y subdesarrollados. A partir del crecimiento económico diversificado del mundo desarrollado, el aumento de sus mercados y la extensión de sus flujos de inversión podían ser funcionales al progreso tecnológico de la periferia, creándose espacios para aplicar políticas tecnológicas, tecnificar las estructuras internas y sobre todo poder ingresar al comercio internacional como exportadores de manufacturas no tradicionales. No obstante, Ferrer no desconocía que el esquema de dominación económica estructural imperante entre centro y periferia conseguía ser reproducido por la transferencia tecnológica misma; de este modo, si bien la autodeterminación tecnológica exigía enfrentar el subdesarrollo, patente al observarse los efectos perniciosos de las “estructuras productivas desequilibradas” (de acuerdo a la expresión de Marcelo Diamand), también imperaba atacar su carácter “dependiente”: específicamente, la alta extranjerización de las economías.

Para un Ferrer movilizado por las teorías de la dependencia en boga, dejar que la transferencia tecnológica (importación de equipos e insumos importados, movilización de recursos humanos calificados, generación de gastos de Investigación y Desarrollo) fuese dominada por el capital extranjero implicaba un grave condicionamiento a la potencialidad de crecimiento económico sostenible. La transferencia tecnológica y los recursos desde los países desarrollados no debían ser vedados pero sí encuadrarse como complementarios (no hegemónicos) a los recursos internos.²⁹

Las políticas que Ferrer recomendaba instrumentar con miras al desarrollo económico en general eran trasladadas al campo tecnológico. Así, la acción económica de las empresas públicas (y su política de “compre nacional”), la concentración del poder financiero del Estado para disposición de las necesidades del desarrollo, la conformación de una burguesía nacional y la determinación de reglas de juego estables, entre las más significativas, eran para Ferrer también funcionales para quebrar la dependencia tecnológica. Específicamente, concebía como herramientas la legislación de fomento, la apertura de los paquetes tecnológicos, reformas al régimen de propiedad industrial, el registro de los contratos tecnológicos, la difusión del conocimiento por sobre el sistema nacional de innovación, la regulación de las inversiones privadas directas extranjeras, la evaluación de proyectos empresarios *joint-venture* y alianzas tecnológicas entre gobiernos nacionales.

Mientras Ferrer se abocaba a estos temas, la Argentina caía hacia 1975 en la primera crisis económica en diez años y en un clima de extrema violencia política. Durante la primera mitad de la década de 1970 las actividades de las organizaciones armadas de izquierda, peronistas y marxistas, provocaron la muerte de importantes dirigentes sindicales y empresarios; a la represión encabezada por las Fuerzas Armadas, se sumaron agrupaciones de derecha como la Triple A que se sirvieron del terror y la muerte para sus propósitos, asesinando o amenazando a numerosos dirigentes políticos y sindicales, además de intelectuales y artistas comprometidos socialmente. A partir de marzo de 1976 la violencia y el terrorismo sería un programa de Estado encarado por una nueva dictadura militar.³⁰

Estimulado por la debacle del proyecto peronista, Ferrer escribió en el transcurso de 1976 *Crisis y alternativas de la política económica*.³¹ El libro realiza un recorrido histórico sobre el disímil

²⁹ Ferrer (1976), p. 22.

³⁰ Como muchas otras familias, la de Aldo Ferrer sufrió en carne propia los trágicos años de la dictadura militar. El 20 de junio de 1976, su hermana Marta Isabel fue secuestrada en su departamento en Buenos Aires por una banda armada de la dictadura y continúa desaparecida.

³¹ Ferrer (1977).

comportamiento de la política económica desde la posguerra donde se sucedían experiencias populistas y ortodoxas o liberales, con algunos períodos transitorios de carácter nacionalista que no contaron con un fuerte respaldo popular (como la propia experiencia de Aldo en el Ministerio de Economía), todas incapaces para lograr impulsar el desarrollo económico. En este trabajo Ferrer proponía una visión particularmente crítica de las políticas aplicadas durante el peronismo; argumentaba que había “inconsistencias entre los objetivos perseguidos y las estrategias e instrumentos de política económica aplicados”, y señalaba que la inestabilidad de las reglas del juego, la movilización social y la reducción de los márgenes de ganancias desalentaban a la inversión del sector privado.³² Consideraba que la expansión del empleo en el sector público había deteriorado su posición financiera e inducido -a través de la retracción de la inversión pública y privada- un descenso de la productividad media de la economía, que -combinada con un financiamiento creciente del déficit vía emisión- conducía necesariamente a una situación de hiperinflación con receso como la que se registró en el segundo semestre de 1975 y el primer trimestre de 1976. Este trabajo tuvo alta repercusión y fue objeto de un amplio debate en varios números de la revista *Desarrollo Económico* que abordaron las potencialidades y límites del “populismo” como estrategia de largo plazo para el crecimiento económico.³³

En 1980 Ferrer publicó una segunda edición de *Crisis y alternativas...* donde se incorporó una evaluación crítica de la política de apertura y privatización desplegada por la primera gestión de la dictadura militar. También con esa misma preocupación, Ferrer publicó varios artículos que fueron compilados en *Nacionalismo y orden constitucional* en 1981, significativamente dedicado a la memoria de Vicente Fidel López y Carlos Pellegrini. El trabajo tenía como propósito “contribuir al debate de la crisis argentina de comienzos de la década de 1980, en un contexto más amplio que el acotado por las variables económicas”, incorporando la dimensión histórica que había desarrollado en sus anteriores estudios. Con cierto dejo de pesimismo, la crítica situación económica resultado de la aplicación del programa de Alfredo Martínez de Hoz, le permitía decir a Ferrer que Argentina, no era “todavía” un ejemplo “definitivo de desarrollo nacional frustrado en el siglo XX”, pero sí se encontraba en el epílogo de un período histórico (nacional e internacional) y frente a la “crisis más severa de que se tenga memoria”.³⁴

Fue esa temprana y fuerte crítica de la política económica de la dictadura lo que ubicó a Ferrer en un escenario privilegiado para la difusión de sus ideas y terminaría por colocarlo en un lugar destacadísimo hacia final de la experiencia dictatorial. En efecto, la crisis de la deuda y la derrota militar de Malvinas abrió una nueva etapa para la difusión del pensamiento heterodoxo. Cuando estalló la guerra Aldo había prácticamente concluido un trabajo sobre la situación económica de la Argentina tras los años de políticas liberales, y dónde sostenía la necesidad de reconquistar el mercado interno, apuntar a la integración territorial y avanzar en la diversificación productiva, en línea con las propuestas esbozadas años antes. Pero también, Ferrer analizaba particularmente el problema de la deuda externa y de la situación inflacionaria y presentaba un programa integral de política económica. En esta estrategia de reconstrucción, el restablecimiento de un orden político legítimo se presentaba como esencial. El libro fue editado en junio de 1982 bajo el título *La posguerra*.³⁵

³² Ferrer (1977), pp. 14 y ss.

³³ Las notas y comentarios relacionados al trabajo de Ferrer se publicaron entre los números 67 a 73 de *Desarrollo Económico*.

³⁴ Ferrer (1981), prefacio y p. 20.

³⁵ Ferrer (1982a).

También en ese año publicó *Puede argentina pagar la deuda externa* donde marcaba lo comprometida que estaban las posibilidades de autodeterminación del país como consecuencia del enorme impacto que tenía la deuda pública sobre el conjunto de la economía nacional.³⁶ Como otros trabajos “de batalla” este libro incluía reflexiones puntillosas de distintos aspectos de la realidad económica nacional, regional e internacional, pero también procuraba instalar el debate y adelantar sus ideas y propuestas. Para Ferrer, la política económica iniciada el 2 de abril de 1976 había sido una “calamidad” pero no lo había sido para todos, dejando en claro quienes se habían beneficiado de ese proceso:

La política monetarista tuvo tres bases de sustentación: los herederos del país pre-industrial, los grupos ligados a la banca internacional y la elite burocrática vinculada al régimen militar [...]. Naturalmente no es fácil cuantificar los beneficios de estos grupos. En buena medida, estos beneficios tienen una dimensión cualitativa y se refieren a la distribución del poder y del ingreso a largo plazo.³⁷

De este modo, Ferrer consideraba crucial la dinámica del escenario internacional pero también indispensable examinar la lógica de los actores internos y los impactos de las políticas económicas. Insistía en que los límites que había presentado el proceso de industrialización no eran infranqueables pero en vez de pretender superarlos con políticas favorables al desarrollo se habían aplicado políticas “brutales” tendientes a reinsertar a la economía argentina en el orden económico mundial y a asignar los recursos internos conforme a las señales de precios derivadas del mercado internacional.³⁸

Para ese entonces Aldo se encontraba plenamente incorporado al debate político frente a la salida democrática y participaba en los equipos de trabajo que se agruparon en torno a la Multipartidaria con ese propósito. Poco antes de las elecciones, Ferrer publicó *Vivir con lo nuestro*.³⁹ Este libro marcaría un nuevo hito en su producción intelectual a tal punto que se transformaría en una especie de “marca registrada” de su pensamiento de allí en más. La necesidad de movilizar los recursos propios y reafirmar el poder de decisión nacional como requisito del desarrollo son algunos de las consignas básicas que plantea Ferrer en ese difícil contexto marcado por la necesidad de renegociar la deuda externa y resolver la crisis económica y social; a la vez puntos de partida indispensables para la consolidación del sistema democrático. Contrariamente a la caricatura que el neoliberalismo ha hecho de esta idea-concepto, Aldo cuestionaba la viabilidad de una “estrategia autárquica”, “vivir con lo nuestro” quería decir por el contrario “que la política económica debe reflejar los objetivos de transformación, equidad social e inserción internacional, que permitan la realización de la comunidad argentina”, lo que era posible sólo si el país asumía su propio potencial sin subordinarse a los criterios ortodoxos predominantes en los círculos financieros internacionales.⁴⁰ Este libro sería reeditado varias veces bajo el mismo título, pero cada nueva edición sólo conservaba algunos lineamientos generales y los actualizaba de acuerdo a los cambiantes escenarios locales e internacionales y los debates del momento.⁴¹

³⁶ Ferrer (1982b).

³⁷ Ferrer (1982b), p.100.

³⁸ Ferrer (1982b), p. 56 y ss. La problemática industrial y la “demolición del proyecto industrialista” serían abordados en detalle en Ferrer (1989).

³⁹ Ferrer (1983).

⁴⁰ Ferrer (1983), p. 8. Un concepto que se asemeja al de “desarrollo desde dentro” acuñado por Osvaldo Sunkel.

⁴¹ Poco después, sus preocupaciones por la dinámica del sistema internacional quedarían plasmadas en Ferrer (1985) y más tarde sus libros sobre la globalización.

Compromiso político

Con el retorno de la democracia, a fines de 1983, el gobernador radical electo de la Provincia de Buenos Aires, Alejandro Armendariz, le ofreció a Ferrer la presidencia del Banco de la Provincia de Buenos Aires, entidad financiera seriamente afectada por el descalabro del endeudamiento externo provocado por la dictadura militar. El hecho más destacado de la gestión de Aldo al frente del Banco fue la creación en 1985 de la Gerencia de Desarrollo y Tecnología “Prof. Jorge A. Sabato” con la que se asignaba al Banco un papel dinámico en la promoción del desarrollo tecnológico, una iniciativa en la misma orientación que había animado la creación del BANADE, durante su gestión al frente de la cartera de Economía. Allí se rodeó de tecnólogos como Carlos Martínez Vidal, Oscar Wortman, Alberto Aráoz y hasta de científicos de la talla del premio Nobel en Química Luis Federico Leloir.

La “Gerencia Sabato”, como se la denominaba, puso en marcha un conjunto de lineamientos en tres campos principales: movilización de recursos, cooperación interinstitucional y análisis de los problemas del desarrollo tecnológico. En el primer sentido el accionar se orientó a apoyar a las empresas innovadoras (principalmente pequeñas y medianas) con créditos blandos. También se creó un régimen especial que facultaba al Banco a tomar o realizar el *underwriting* de acciones emitidas por las empresas. Durante la gestión de Ferrer, la gerencia financió más de cincuenta proyectos que utilizaban en su mayor parte innovaciones tecnológicas creadas localmente en rubros tales como energía nuclear, biotecnología, manipulación genética, robótica, componentes eléctricos, comunicaciones, entre otras.⁴² De este modo, la iniciativa completaba el esquema teórico dejado por Sabato al introducir la potencia financiera del Estado como mecanismo para densificar el triángulo de las interrelaciones de ciencia y técnica.⁴³

El Banco también promovió la formación de una red para viabilizar “la cooperación y la acción creativa de los actores del desarrollo tecnológico”.⁴⁴ En este rumbo se firmaron acuerdos con distintas entidades y organismos (entre otros con la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires, el Consejo Nacional de Ciencia y Técnica, el Instituto Nacional de Tecnología Industrial, el Instituto Nacional de Tecnología Agraria o el Centro Atómico Bariloche) que le permitieron recurrir al asesoramiento necesario para realizar las evaluaciones del contenido tecnológico de los proyectos. Asimismo fue creado EMPRETEC, un programa donde técnicos del banco ayudaban a los pequeños empresarios en la gestión de sus planes de negocios y Argentina Tecnológica (ARGENTEC) llevado a cabo conjuntamente con el Banco de la Nación Argentina, el BANADE y los bancos provinciales de Mendoza y Córdoba. El sistema permitió estructurar una red para evaluar la viabilidad económica financiera de los proyectos presentados a las entidades miembros y a otras que se fueron asociando. Finalmente, Ferrer puso una vez más en marcha una acción editorial, en este caso sobre los problemas del desarrollo tecnológico, la *Revista Argentina Tecnológica*, vinculada tanto a la actividad del banco en materia de innovación como a la de otras entidades públicas y empresas.

Con el triunfo del peronismo en las elecciones provinciales de 1987, la gestión de Ferrer del Banco Provincia finalizó. Al año siguiente, en la memoria de la institución, no había mención de la Gerencia Sábato ni de los otros proyectos mencionados y la nueva administración termina-

⁴² Nunca dejó de insistir en la importancia de estas áreas, por ejemplo de la bioeconomía, como uno de los pilares para el desarrollo agrario y su relevancia para la economía nacional. Ferrer (2014).

⁴³ Véase sobre los aspectos tecnológicos de la gestión de Ferrer en Raccanello y Rougier (en prensa).

⁴⁴ Banco de la Provincia de Buenos Aires (1987), p. 25.

ría pronto por dismantelar lo hecho en materia tecnológica. No faltaba mucho para la irrupción de una nueva oleada de liberalismo económico.

A partir de los años noventa la Argentina abrazó las ideas que desde tiempo atrás promovían la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas, la Fundación Mediterránea y el Centro de Estudios Macroeconómicos de la Argentina, instituciones con fuertes lazos con el mundo empresarial, que entroncaron con el Consenso de Washington, y orientaron las definiciones de política económica en línea con lo diseñado previamente por Martínez de Hoz. De hecho muchos de los jóvenes intelectuales que se habían incorporado al equipo económico de la dictadura o que provenían de estos institutos participarían del debate político sobre las “reformas estructurales” a fines de la década de 1980 y comienzos de la siguiente, además de ocupar diversos cargos clave en el área económica a partir de entonces.

De un modo simplista y contrastante con la riqueza del debate de fines de los años sesenta, en el que Ferrer había sido un partícipe relevante, el nuevo consenso destacaba que el intervencionismo estatal y el proteccionismo habían impedido el libre funcionamiento de los mecanismos del mercado y la acción de la competencia, y esa era la causa final de los desequilibrios económicos y de la desembosada inflación. Las prescripciones que se derivaban de ese diagnóstico también eran extremadamente simples: privatización, apertura comercial y financiera, y desregulación de la actividad económica. De este modo, las privatizaciones y el equilibrio del presupuesto quedaron íntimamente ligados a la búsqueda de la estabilidad y se convirtieron tanto en medios para ese fin como un fin en sí mismos. No obstante, la economía librada al designio de los grupos poderosos no solo no garantizó el crecimiento sino que subdesarrolló al país al deteriorar el entramado productivo y social, y ubicó en la pobreza y marginalidad a millones de argentinos.

Como ocurrió durante la experiencia neoliberal de fines de los años setenta, las ideas de Aldo Ferrer quedaron en un lugar marginal en ese contexto de predominio del “pensamiento único”, encarnado políticamente por el menemismo. No hubo muchos canales para la difusión de las posturas críticas durante el auge del modelo de convertibilidad, y sólo pudo organizarse un espacio en este sentido a fines del período, que cristalizó en la constitución del Plan Fénix, ya durante el gobierno de Fernando de la Rúa. En ese contexto, Aldo se refugió en un ámbito más académico y se dedicó a escribir sobre la globalización, un tema que, como señalamos, era el otro pedestal de su obsesión intelectual. No es casual entonces que las dos grandes obras de Ferrer, pensadas como libros (por fuera de otros escritos al calor de los acontecimientos y con el ánimo de interceder en el debate), sean precisamente *La economía argentina* y los dos tomos de la *Historia de la globalización*, esto es la perspectiva histórica y la dimensión internacional para acometer su preocupación central: cómo lograr el desarrollo en un escenario global.⁴⁵

En la historia de la globalización Ferrer da cuenta de los inicios de ese proceso, vinculados al despliegue del comercio internacional y del progreso técnico del siglo XVI, y de sus “etapas” (el mercantilismo, la primera revolución industrial y la revolución tecnológica posterior a la Primera Guerra Mundial). La descripción de esas etapas, al igual que en el caso de *La economía argentina*, tiene una gran capacidad explicativa; en este caso para identificar la construcción de la hegemonía y el poder, dentro de la globalización, y cómo fueron las economías industriales del Atlántico Norte, depositarias de la ciencia, la tecnología y la industrialización, las que se ubicaron en el lugar central de ese proceso. De allí que la clave de su indagación fuese el problema del

⁴⁵ Ferrer (1996) y Ferrer (2000). También abordó estos temas en Ferrer (1997) y Ferrer (1999).

desarrollo nacional en las diferentes circunstancias de la economía internacional, problemática que, en rigor, estaba presente desde sus años de formación en el ambiente del estructuralismo latinoamericano.

La preocupación por las cuestiones tecnológicas llevó a que Ferrer fuese designado por el nuevo gobierno de la Alianza como presidente del directorio de la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA). Los años noventa habían sido muy duros para la institución científica, inmersa en un proceso de desmantelamiento de su estructura institucional y de pérdida de recursos financieros y sobre todo humanos.⁴⁶ En la CNEA, Ferrer buscó poner en pie nuevamente la política nuclear argentina y reemprender las tareas de construcción de Atucha II, realizando un informe de evaluación técnica, económica y financiera, puesto a consideración del Poder Ejecutivo en los primeros meses de 2001. Por ese entonces, la insuficiencia de recursos financieros de la CNEA se potenció con el colapso de la economía argentina y la imposición de la política del “déficit cero” (restricción a todo tipo de gasto público no contrapesado por las arcas públicas). En ese contexto sólo prosperaron dos iniciativas: la creación de una agencia de cooperación nuclear con Brasil y la *Revista Tecnológica de la CNEA*. Todo el resto quedó trunco: la sangría de ingenieros no se detuvo y el proyecto de Atucha volvió a quedar congelado. Desde la cabecera del Estado Nacional, no había fondos ni tiempo para hablar de energía nuclear en un país que avanzaba estrepitosamente a su mayor precipicio, y Aldo fue desplazado de su cargo.

Referente de un modelo

Luego de la crisis de 2001 las condiciones en las que desarrolló la economía argentina variaron de manera notable. La devaluación primero y un conjunto de medidas adoptadas durante el gobierno de Néstor Kirchner, luego, significaron un cambio de política económica que mejoró la competitividad de las exportaciones, a la vez que promovió la recomposición del ingreso de los asalariados y avances en generación de empleo en el sector industrial. Paralelamente, se produjo una política conocida como de desendeudamiento, que implicó la reconversión de deuda externa y la cancelación de la pendiente con el FMI. En conjunto, las nuevas políticas otorgaron mayor holgura para acumular reservas, recuperar la solvencia fiscal, aumentar las exportaciones y afianzar un crecimiento económico sostenido, inédito dentro de la historia económica argentina. Fue el “período dorado” del “modelo kirchnerista”, donde se buscó recuperar la equidad y la capacidad del Estado para impulsar el crecimiento. Rápidamente, el sistema fue alcanzando posiciones de ocupación plena de la capacidad productiva y de la mano de obra.

Las ideas que Aldo Ferrer sostenía desde hacía décadas encontraron en ese nuevo escenario la oportunidad para desplegarse. Desde la plataforma del Plan Fénix las voces críticas al neoliberalismo de los años noventa fueron recogidas, si bien parcialmente, en las definiciones de la política económica post-crisis. Primero a través de Roberto Lavagna y

⁴⁶ Esto fue en parte consecuencia de la sanción de ley de Desregulación Eléctrica, el abandono de la prioridad estratégica del sector nuclear y la intención de privatizar las centrales nucleares de Atucha y Embalse. Aunque el menemismo no consiguió venderlas como sí lo hizo con la mayoría de las empresas públicas, la indefinición del sector nuclear resultó en la paralización de la obras de Atucha II (nueva central nuclear cuyo proyecto de construcción ya contaba con más de dos décadas), la dispersión del poder de decisión y planeamiento de la comisión y el aumento de los costos de gestión por la duplicación de los entes de conducción. CNEA (2001).

luego con los ministros de Economía que se sucedieron durante la gestión de Kirchner y de Cristina Fernández.

Ferrer se transformó en palabra autorizada en las nuevas circunstancias, no sólo para funcionarios del gobierno sino también en el conjunto de la opinión pública, que recogió a través de entrevistas o asiduas intervenciones en distintos medios sus ideas; incluso algunos llegaron a identificarlo como el “padre del modelo” económico del kirchnerismo.⁴⁷

En 2004 Ferrer se incorporó a Enarsa, una empresa pública en el ámbito energético.⁴⁸ Más tarde, el gobierno lo convocó para integrar el directorio, como representante del Estado, de Siderar, una empresa del grupo Techint. Finalmente, a comienzos de 2011 fue designado embajador en Francia, tarea que desarrolló durante tres años.

En todo este período, Ferrer desplegó una prolífica producción académica, además de una constante presencia a través de artículos o entrevistas en la prensa especializada. En 2004 publicó *La densidad nacional*, donde desarrolló un concepto-síntesis de muchas de sus ideas previas a la vez que incorporó una dimensión sociopolítica para pensar en los factores y problemas del desarrollo.⁴⁹ Ferrer definió la “densidad nacional” como el conjunto de condiciones que permiten la gestión de los “saberes” necesarios para poner en marcha procesos de acumulación que, estando vinculados con el exterior, no pierden su comando interno. Sus cuatro elementos cardinales son: inclusión o cohesión social, liderazgo nacional, estabilidad institucional y visión nacional (pensamiento propio en defensa de los intereses nacionales). Esta idea fue incorporada ese mismo año a la nueva edición de su “clásico” *La Economía Argentina*, que reactualizaba el estudio con el tratamiento de los años de la dictadura militar, la crítica década de 1980 y la experiencia neoliberal posterior.⁵⁰

Cuando se presentó la crisis política derivada de la implementación de retenciones al agro hacia 2008, Ferrer fue convocado como experto por el Congreso Nacional para exponer sus ideas sobre el tema y defender las medidas. Pero paralelamente comenzó a alertar en diversos artículos periodísticos y algunos ensayos el proceso de apreciación cambiaria y la creciente restricción externa (escasez de divisas) que empezaba a aquejar a la economía argentina. En otras palabras, Ferrer señalaba claramente los límites de la expansión económica que tuvo lugar desde 2003 y la vulnerabilidad del sistema, derivada en última instancia de la persistencia de una “estructura productiva desequilibrada” y de los bajos niveles de inversión. De hecho, la economía argentina venía sufriendo la duplicación del déficit del comercio internacional de manufacturas industriales mientras que el superávit energético inicial terminó por transformarse en déficit. En tales condiciones, el crecimiento de la economía pasó a depender principalmente de la magnitud del superávit del comercio de productos primarios que, en última instancia, determinaba el límite del nivel de actividad industrial posible, de la inversión y de la tasa de crecimiento.

Frente a la persistencia de ese desequilibrio, el sistema quedó sujeto a posibles turbulencias, “golpes de mercado” y eventuales respuestas ortodoxas de ajuste de las principales variables económicas. Esa disyuntiva en la que se debatió la economía y la política económica en los últi-

⁴⁷ Véase por ejemplo, la presentación de Rubén Pereyra en la entrevista “Crítico número uno del neoliberalismo. La economía según Ferrer”, *Revista Veintitrés*, enero de 2014.

⁴⁸ El objeto de esta empresa era la exploración y explotación de hidrocarburos sólidos, líquidos y gaseosos, transporte, almacenaje, distribución, comercialización e industrialización de estos productos y sus derivados, así como de la prestación del servicio público de transporte y distribución de gas natural.

⁴⁹ Ferrer (2004).

⁵⁰ Pocos años después realizó junto al autor de esta nota una revisión integral de ese libro y una nueva actualización temporal: Ferrer (con la colaboración de Rougier) (2008).

mos tiempos, encontró a Aldo como uno de sus principales observadores. En 2015 publicó *La economía en el siglo XXI* donde retomó el problema del déficit en el comercio internacional de manufacturas de origen industrial como causa determinante del problema de insuficiencia de divisas y de restricción externa.⁵¹ Para Ferrer, la ISI estaba históricamente agotada (a comienzos del siglo XXI y no, claro, a mediados de 1970) y en contradicción con las transformaciones del orden mundial. El concepto mismo de sustitución de importaciones debía ser abandonado porque reducía la industrialización a abastecer el mercado interno. Por eso retomó la idea del “modelo integrado y abierto”, un modelo de desarrollo que permitiera exportar manufacturas en los sectores de mayor contenido de valor agregado y tecnología y, sobre estas bases, profundizar las relaciones al interior del “triángulo” de Sábato, asociando las políticas públicas, el sector productivo y el sistema nacional de ciencia y tecnología para “sustituir el futuro” y no lo que se importaba como había hecho la antigua ISI. Para el éxito de esa estrategia, como había sostenido seis décadas antes, era necesario fortalecer las empresas y los empresarios locales en el marco de un Estado desarrollista que promoviese el ahorro interno y estimulase los gastos en investigación y desarrollo, tal como dejó plasmado en uno de sus últimos libros, específicamente dedicado a analizar el papel que los empresarios nacionales debían cumplir en la búsqueda del desarrollo.⁵²

La obstinación por el desarrollo

La trayectoria de Aldo Ferrer, aún descrita sucintamente, evidencia su indiscutible lugar entre los más destacados economistas argentinos. Como hemos mencionado, Ferrer realizó aportes intelectuales de significación y fue protagonista de todos los debates económicos relevantes y también de buena parte de las decisiones de política económica (a través de sus numerosos cargos en diferentes niveles de gestión) desde la posguerra hasta el presente. Pero además, lo sorprendente de ese recorrido es la perseverancia de las ideas de Aldo, aquellas que lo llevaron a comprometerse políticamente con el ánimo indudable de llevarlas a la práctica. Ferrer abrevó siempre en el estructuralismo latinoamericano, en la perspectiva nacional del desarrollo económico, en la utilización de recursos keynesianos para orientar el crecimiento, y se ha mostrado firme partidario del manejo estatal de los resortes básicos de la economía como de la propiedad pública de las empresas de servicios y la energía.

Esas ideas se mantuvieron en el tiempo a través de un sendero marcado por una línea imaginaria que se acercaba como una asíntota a la realidad social para confundirse con ella cuando se desplegaron las políticas de “argentinización”, de “compre nacional” y otras, durante la gestión de Ferrer al frente de los ministerios de Obras Públicas y de Economía hacia 1970, por ejemplo; o para alejarse irremediamente cuando esa misma realidad se corría hacia posturas liberales o neoliberales, como ocurrió en la segunda mitad de años setenta y en los noventa, particularmente. Así, la experiencia de los últimos años acercó las ideas de Ferrer al “modelo” kirchnerista o, mejor dicho, las políticas desplegadas se aproximaron a las posturas sostenidas por Al-

⁵¹ Ferrer (2015).

⁵² Ferrer (2014). Allí señalaba expresamente que no había “nada genético en el ADN del empresario argentino, cuando privilegia la especulación sobre la producción o cede el protagonismo a las filiales de empresas extranjeras, en vez de asumir el liderazgo de la industrialización. Si se trasplantaran al país los empresarios más innovadores del mundo en desarrollo, por ejemplo, los coreanos, al poco tiempo tendrían el mismo comportamiento que los argentinos”, y retomaba las ideas expresadas en su tesis de 1953: “El estado tiene la responsabilidad fundamental de crear los espacios de rentabilidad y el contexto que oriente la iniciativa privada al proceso de transformación. El empresario es, en definitiva, una construcción política” (p. 14).

do durante décadas, de tal forma que se transformó en un referente de esas propuestas. El triunfo de Mauricio Macri pocos meses antes de su muerte lo ubicó pronto en un lugar de alerta. En su último artículo, en cierta revisión de sus ideas expresadas en *Crisis y alternativas...* Ferrer advertía sobre la alternancia en la historia posterior a la Segunda Guerra Mundial de dos modelos económicos, uno de carácter “nacional y popular” y otro “neoliberal”. En el primero de esos modelos el Estado asumía un protagonismo destacado y enfatizaba la soberanía económica y la inclusión social. En el segundo, la confianza estaba en las virtudes del mercado y la apertura incondicional al orden mundial. La industrialización por sustitución de importaciones había predominado en el modelo nacional y popular; el énfasis en la producción y las exportaciones primarias y las finanzas, en el neoliberal.⁵³ Esa alternancia, reflejaba en definitiva la dificultad para construir un proyecto de desarrollo hegemónico viable en el largo plazo, la fractura de la “densidad nacional”.

En el plano más estrictamente económico, Ferrer sostenía que el obstáculo principal del desarrollo era el problema del estrangulamiento externo, tal como se manifestaba en los últimos años. La resolución de ese dilema no debía pasar por la atracción sin condiciones del capital extranjero sino por impulsar el Modelo Integrado y Abierto, es decir, de transformaciones estructurales del aparato productivo y el avance de la industrialización. Para Ferrer, la subordinación al capital extranjero que proponía el nuevo gobierno sólo tendría como consecuencia inevitable la profundización de los problemas de la economía argentina.

En definitiva, la sociedad argentina se encontraba a comienzos de 2016, al momento del fallecimiento de Ferrer, frente al viejo dilema que lo había desvelado al menos por setenta años; el mismo que orientó con porfía sus inquietudes intelectuales y su accionar político en pos de lograr el desarrollo nacional.

⁵³ Ferrer (2016).

Bibliografía

- Banco de la Provincia de Buenos Aires (1987), *Banco de la Provincia de Buenos Aires, 1983-1987*, Buenos Aires.
- CNEA (2001), *Memoria y Balance del año 2000*, Buenos Aires.
- Ferrer, Aldo (1950), “Los centros cíclicos y el desarrollo de la periferia latinoamericana”, *El Trimestre Económico*, 68, octubre-diciembre.
- Ferrer, Aldo (1956), *El Estado y el desarrollo económico*, Buenos Aires, Raigal.
- Ferrer, Aldo (1963), *La economía argentina, las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Ferrer, Aldo (1969), “El capital extranjero en la economía argentina”, *Anales de la Academia Nacional de Ciencias Económicas*, 14.
- Ferrer, Aldo (1970), “Desarrollo de las industrias básicas y la sustitución de importaciones”, en Mario Brodersohn, *Estrategias de industrialización para la Argentina*, Buenos Aires, Editorial del Instituto.
- Ferrer, Aldo (1974), *Tecnología y política económica en América Latina*, Buenos Aires, Paidós.
- Ferrer, Aldo (1976), “La dependencia científica y tecnológica en el contexto internacional y sus implicaciones para la transferencia de tecnología”, *Desarrollo Económico*, 60, enero-marzo.
- Ferrer, Aldo (1977), *Crisis y alternativas de la política económica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Ferrer, Aldo (1981), *Nacionalismo y orden constitucional*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Ferrer, Aldo (1982), *La posguerra. Programa para la reconstrucción y el desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, El Cid Editor.
- Ferrer, Aldo (1982b), *¿Puede argentina pagar la deuda externa?*, Buenos Aires, El Cid Editor.
- Ferrer, Aldo (1983), *Vivir con lo nuestro*, Buenos Aires, El Cid Editor.
- Ferrer, Aldo (1985), *El país nuestro de cada día*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985.
- Ferrer, Aldo (1989), *El devenir de una ilusión. La industria argentina desde 1930 hasta nuestros días*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Ferrer, Aldo (1989), *El devenir de una ilusión: la industria argentina, desde 1930 hasta nuestros días*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Ferrer, Aldo (1996), *Historia de la globalización: orígenes del orden económico mundial*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Ferrer, Aldo (1997), *Hechos y ficciones de la globalización: Argentina y el Mercosur en el sistema internacional*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Ferrer, Aldo (1999), *De Cristóbal Colón a Internet: América Latina y la globalización*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Ferrer, Aldo (2000), *Historia de la globalización II: la revolución industrial y el segundo orden mundial*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Ferrer, Aldo (con la colaboración de Marcelo Rougier) (2008), *La economía argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Ferrer, Aldo (2004), *La densidad nacional: el caso argentino*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Ferrer, Aldo (2014), *El empresario argentino*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Ferrer, Aldo (2015), *La economía en el siglo XXI*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Ferrer, Aldo (2016), “El regreso del neoliberalismo”, *Le Monde Diplomatique*, marzo.
- Ferrer, Aldo y Monsalve, Marcos (1957), *Carnes: comercio Anglo-Argentino*, Buenos Aires, mimeo.
- Ferrer, Aldo y Rougier, Marcelo (2010), *La historia de Zárate-Brazo Largo. Las dos caras del Estado argentino*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Fiszbein, Martín (2010), “Instituciones e ideas en desarrollo. La planificación económica en la Argentina, 1945-1975”, en Marcelo Rougier (dir.), *Estudios sobre la industria argentina. Políticas de promoción y estrategias empresariales 2*, Buenos Aires, Lenguaje Claro.

- Potash, Robert (1994), *El Ejército y la política en la Argentina 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista*, Segunda Parte, Buenos Aires, Sudamericana.
- Raccanello, Mario y Rougier, Marcelo (en prensa), “Aldo Ferrer: hacedor de ideas y políticas tecnológicas”, en María del Carmen del Valle Rivera (comp.), *El pensamiento económico-social sobre ciencia, tecnología e innovación para el desarrollo de México y América Latina*, México, UNAM.
- Rougier, Marcelo (2004), *Industria, finanzas e instituciones. La experiencia del Banco Nacional de Desarrollo*, Buenos Aires, UNQui.
- Rougier, Marcelo (2014), *Aldo Ferrer y sus días*, Buenos Aires, Lenguaje Claro.
- Rougier, Marcelo y Odisio, Juan (2012), “Del dicho al hecho. El Modelo Integrado y Abierto de Aldo Ferrer y la política económica en la Argentina de la segunda posguerra”, *América Latina en la Historia Económica*, 19, 1, enero-abril.
- Schvarzer, Jorge (1993), “Expansión, maduración y perspectivas de las ramas básicas de procesos en la industria argentina. Una mirada ex post desde la economía política”, *Desarrollo Económico*, 131.

